

Los otros judíos

Se conoce la odisea de los judíos soviéticos que tratan de emigrar a Israel; se conoce y se divulga ampliamente por medio de los numerosos sistemas de información y propaganda de que gozan sus correligionarios en occidente. Una propaganda eficaz, porque bajo su peso —y el de la enmienda Jackson en los Estados Unidos—, la URSS ha ido dando cada vez más facilidades para la salida de judíos. No parecen suficientes, y la semana anterior se celebró una conferencia mundial de juristas en Londres —presidida por Arthur Goldberg, judío, que fue representante de los Estados Unidos en la ONU—, en la que se ha insistido en la existencia de un antisemitismo profundo en la URSS y en los malos tratos y persecuciones de que son víctimas aquellos que solicitan un visado de salida.

Pero no se conoce la terrible odisea de los judíos que llegaron a Israel procedentes de la URSS, y han preferido volver a su país de origen, o quedarse en algún país europeo. Muchos de estos judíos se han desencantado de la realidad de Israel, al que imaginaban como una tierra de promisión. Han encontrado un racismo interior, además del exterior: es decir, una discriminación de los judíos centroeuropéos «askenazim» contra los sefarditas procedentes de África o de España, y otras zonas mediterráneas, o contra los que proceden de la URSS. Ciertas costumbres de carácter occidental —como las libertades

sexuales— les chocan profundamente. Los hebreos de la URSS han conservado unos rasgos religiosos muy profundos, precisamente por el hecho de haber estado perseguidos en sus creencias, y chocan contra otra forma de religiosidad, puritana de forma y permisiva de fondo, que encuentran en Israel. En otros casos se trata simplemente de una inadaptación a un país extranjero.

Un periódico judío belga, el «Belgisch Israelitisch Wekblad», mantiene que el estado de Israel hace presiones fuertes sobre los gobiernos europeos para que no acepten en sus países a estos reexiliados. Los países europeos que dejan libremente el paso a los judíos que salen de la URSS hacia Israel, por razones que se suponen humanitarias, no aceptan a los que salen de Israel, a no ser que tengan un visado de entrada dado por su consulado en Tel-Aviv; pero los consulados europeos en Tel-Aviv —y, desde luego, el de los Estados Unidos— niega esos visados automáticamente. Los que salen sin él se exponen a ir de país en país, de aeropuerto en aeropuerto, sin poder quedarse en ninguno. Las organizaciones de ayuda mutua judía les ignoran. Acuden en su socorro organizaciones ajenas a ellos. Por ejemplo, Cáritas, que ha recogido en un centro a doscientos judíos soviéticos salidos de Israel: el mismo centro —en Westende— que había utilizado para albergar a los pakistaníes que el General Amin había expulsado de Uganda. Otra organización les

presta ayuda: la Fundación Leon Tolstoi, creada para ayudar a los emigrados rusos blancos. En este caso se brinda a acogerles como rusos huidos del régimen comunista, y no en tanto que judíos. En cambio, el Joint Comitee y el Hias, organizaciones hebreas, se niegan a ayudarles; al parecer, por presión directa de Tel-Aviv.

En Austria hay también judíos emigrados de Israel que esperan autorización de las autoridades soviéticas para regresar al país de donde tanto trabajo les costó salir: la URSS. Esta autorización

tarda, y Austria les pone dificultades crecientes, entre otras razones, porque no tienen de qué vivir. Muchos han solicitado en Viena visado de entrada para los Estados Unidos: al parecer no solamente se les niega ese visado, sino que son mal tratados y se les acusa de haber abandonado Israel.

Esta otra odisea de los judíos que no encuentran ayuda en los propios judíos parece que afecta en estos momentos a algunos millares de personas en Europa. Los que han conseguido volver a entrar en la URSS son muy pocos.

EL NOBEL DE LA PAZ

La misión de Amnesty International

Hace unos años, cuando los Estados Unidos bombardeaban Vietnam del Norte, el que era entonces primer ministro del Japón, Eisaku Sato, declaró que le parecían "comprensibles"; por esas mismas fechas, el irlandés Sean McBride, presidente de Amnesty International, los condenaba duramente. Los dos han sido ahora galardonados conjuntamente con el Premio Nobel de la Paz: la Academia Sueca, que el año pasado produjo el gran asombro de conceder el Nobel de la Paz a Kissinger, no cesa de causar estos asombros. El Premio que un día fue prestigioso ha perdido ya todo su valor. Sigue siendo, sin embargo, un tema para exponer las raras condiciones de nuestro tiempo.

Eisaku Sato es un hombre de dos caras. No sólo porque Chu En-lai le llamase en un tiempo "hipócrita y mentiroso", sino por la forma en que practicó la política. Desde la preparación de la guerra contra los americanos (su hermano Kishi fue primer ministro cuando Eisaku iniciaba su carrera política, a su sombra: Kishi fue condenado como criminal de guerra) hasta, en sus tiempos de primer ministro, el mantenimiento del Japón como potencia de guerra en Asia, mediante la alianza con los Estados Unidos y la ayuda abierta a Vietnam del Sur, a Corea del Sur y a Formosa. Presidió el rearme del Japón fingiendo una política adversa; mantuvo las bases atómicas de los Estados Unidos cuando decía que luchaba contra ella. Japón tuvo que desembrazarse de Eisaku Sato cuando necesitó hacer una verdadera política de reconciliación en Asia, y la aproximación a China —siguiendo, de todas maneras, las orientaciones de Washington—; el Premio Nobel ha causado una enorme sorpresa en Japón... El retrato puede completarlo una mera anécdota; las declaraciones de su ex esposa. "Me pegaba fre-

cuentemente... Es despreciable".

Sean McBride es un irlandés que rectificó el camino de la lucha armada para dedicarse, realmente, a una misión de paz: el rescate, o por lo menos la atenuación de las condiciones de vida de los prisioneros políticos en todo el mundo. McBride tenía doce años cuando, en el famoso movimiento revolucionario de Pascua en Dublín, su padre, guerrero infatigable —de varias guerras—, fue capturado por los ingleses, condenado a muerte y ejecutado. El joven McBride y su madre se lanzaron a su vez a la lucha patriótica: fueron detenidos numerosas veces. La cárcel fue la antecámara del poder, y cuando la independencia llegó, McBride fue secretario de De Valera, dos veces ministro, permanentemente diputado, vicepresidente de la Organización Europea de Cooperación Económica, presidente del Consejo de Ministros del Consejo de Europa... Pero en McBride vivían continuamente unas imágenes: las de su padre ahorcado, las de su madre y él en los calabozos y sometidos a las torturas de los británicos. Y McBride decidió abandonar las formas visibles del poder y la política para dedicarse a una misión: la ayuda a los presos políticos. En todo el mundo, y sin distinción ninguna de ideologías. La realiza desde varias organizaciones: como secretario general de la Comisión Internacional de Juristas en Ginebra, como presidente del buró internacional de la paz, como miembro del Comité especial sobre desechos del hombre y como presidente de Amnesty International.

Amnesty International es una de las organizaciones más discutidas del mundo. Ha sido considerada en Brasil como "instrumento del terrorismo comunista", pero un periódico soviético ha dicho que "ocupa una posición de primera fila entre las organizaciones de la vanguardia en la propaganda"



Schönau, una de las residencias utilizadas por los judíos soviéticos en su camino hacia Israel. Ahora algunos de esos judíos, desencantados de Israel, tratan de regresar al país de donde tanto trabajo les costó salir.